

DIARIO DE PARIS ISAAC ALBENIZ DE NUESTRO REDACTOR

Un puesto vacío... ¿Quién vendrá a llenarlo? En el espacio de un año han desaparecido las dos grandes figuras que en el mundo musical llevaban el nombre de España admirable por el Extranjero.

Del primero todo se ha perdido. Con él se fué el secreto de su arte, de interpretación maravillosa, que algunos suponían superior al de Paganini, y que en las cuerdas de su mágico violín ponía la voz de su propia alma de gran artista.

De Albéniz queda más; queda todo el entero, todo su espíritu en las admirables obras que creara su talento prodigioso.

En la memoria de los amigos sobrevivirá el recuerdo de aquel hombre modesto y bueno, que no supo más que amar, amar todo.

Albéniz, en el Extranjero, ha sido el primero de los músicos españoles contemporáneos. Entre los músicos contemporáneos, entre los maestros, puesto que entre ellos tuvo puesto de preferencia, continuó siendo genuina, castiza, eminentemente española.

El haber sido el que ha dado a conocer en el mundo entero los aires españoles, aprovechando los procedimientos del arte moderno. Claro que no era música para orgánico, como la que han exportado maestros de a perra chica.

Había recogido Albéniz en la catedral inagotable del pueblo todo lo que había de tradicional, de original y característico en los cantos españoles. Era la voz de tantas razas como han pasado, cantando, amando y llorando, por nuestro suelo.

No es en París sólo donde ha logrado una extraordinaria reputación. En todas partes, su nombre y, sobre todo, su arte, eran en extremo conocidos y largamente celebrados.

A través de su obra evocóse toda el alma de nuestra España, alegre y doliente, galante y brava, y era un desafío sin par del Albicín gitano, del Puerto, de Sevilla.

Es una España inmortal la que Albéniz revivía, como otros la han perpetuado en el lienzo y en el libro; una España que tiene su aboleo de los siglos, sus rasgos seculares, y que, a pesar de los siglos, sus rasgos seculares, y que, a pesar de los siglos, sus rasgos seculares...

Muerto Albéniz; desaparecido para siempre el último Saratse, esa España triunfadora musicalmente en el Extranjero, parece también enterrada para siempre.

El puesto vacío permanecerá largo tiempo vacante. Hay que esperar que venga a reemplazarlo alguno de los músicos de las generaciones nuevas, los que, colocando el ideal por encima de todas las cosas odiosas, aún tienen fe y trabajan con abnegada pasión artística.

Albéniz, enterrado en suelo extranjero, da la impresión de que también en el Extranjero la España musical ha muerto.

Angel Guerra.

El célebre corresponsal del Times fué invitado por el gran cañiller a una comida íntima.

Al día siguiente se presentó a visitarle en el hotel un oficial prusiano y le dijo: —Hoy habrá usted enviado al Times un despacho admirable. Qué electo en el Congreso, cuando se sepa lo que le ha dicho a usted el Príncipe de la cuestión Batoum!

—¿Cómo!—exclamó Blowitz.—¿Cree usted que iba yo a hacer uso de lo que se me había dicho en condiciones tan excepcionales de intimidad? Hay veces en que el caballero debe sobreponerse al reporter.

Y el enviado de Bismarck contestó brutalmente: —Pero ¿para que cree usted que le convidan a comer?

El periodista no perdonó jamás al cañiller esta franqueza.

NUEVO MAPA DE MARRUECOS

El distinguido capitán de Estado Mayor don Máximo Aza, de la Comisión topográfica de nuestro Ejército en Marruecos, acaba de publicar un interesante y original mapa del Imperio moribundino. Su estilo de lo vulgar, porque su calidad característica consiste en estar rotulado en árabe.

El Sr. Aza, que ha colaborado en la mayoría de los notables trabajos topográficos realizados por nuestra Comisión de Estado Mayor, al frente de la cual han estado algunos de nuestros más valiosos militares, ha añadido un nuevo título a la profunda competencia que en asuntos de Marruecos tiene.

Su obra honra en el mismo grado a España y al Ejército al cual pertenece, por ser este mapa el primero que se publica por un español, trabajo impropio, que solo está en un condicio de apreciar los que conocen las dificultades de la escritura árabe.

No hay obra anterior, porque aunque existe un mapa rotulado, también en árabe, por el distinguido delegado del Comité de Marruecos, en Tánger, M. René Leclerc, no hay gran igualdad entre ambas obras, porque el mapa francés es una mera, aunque acabada, nomenclatura, en tanto que el del Sr. Aza registra la topografía en sus más ínfimos detalles; las rutas de las caravanas, y los cursos de agua, están definidos con más minuciosidad y precisión. Otra ventaja que ofrece, es la diversidad de tintas para señalar los cursos de agua, las tribus y kabilas, las poblaciones y provincias, rotuladas respectivamente en azul, rojo y negro.

Respecto de las regiones no encontramos, sin embargo, unidad de criterio, por cuanto el Rif, Yebala, Charb y Sus están señaladas en negro, en tanto que otras regiones, como Tafilalet, Táfila y varias, están señaladas en rojo, como si se tratara de tribus y kabilas. Los Altos los encontramos señalados en un mismo territorio. Igualmente se presta a confusión el no haber señalado de fukania y tahantia, esto es, de errabundo y de abayo, a las dos poblaciones que están situadas al Norte de Tasa, llamadas Meknasa, como son conocidas precisamente, para no confundirlas, según sucede igualmente en España cuando se quiere distinguir a dos poblaciones del mismo nombre. Y en Marruecos el caso se repite frecuentemente, tratándose, sobre todo, de aduanares y dcharas.

A la kabilia de Beni Hassan llamábase el nuevo mapa de Beni Ahsen y, francamente, en este respecto no sabemos ciertamente a qué carta que darnos sobre la ortografía de tan importante kabilia; porque, aunque casi todos los cartógrafos franceses transcriben Ahsen, la misma Comisión española la llama Hassen en el mapa que del Norte marroquí publicó hace años, y en el cual también colaboró de modo notable el mismo señor Aza, autor del mapa que nos ocupa. Salvo mejor parecer, y puesto que aceptar la ortografía francesa de las transcripciones de las voces árabes conduce a errores, creemos que la verdadera transcripción es Hassen, por cuanto que los naturales de dicha kabilia son designados por hahnanis y no por ahnanas.

Hacia la frontera argelina, los chotts están también rotulados en negro, a pesar de tratarse de lagunas, que al igual de la seb ja-ud-daura y la malha del Sahara, deberían estar rotuladas en azul.

Dada la escala del mapa y la poca práctica que nuestros establecimientos litográficos tienen en manejar las letras árabes, sin conceder la importancia debida a las puntuaciones, el Sr. Aza ha sacado todos los recursos posibles y ha realizado una impreza y meritoria labor.

Por último, su mapa reúne todas las perfecciones que en la cartografía marroquí se han introducido, gracias a las últimas exploraciones y trabajos practicados, destacándose el cuidado escrupuloso que ha tenido de señalar con minuciosidad los relieves topográficos, especialmente en las regiones subatánicas, que al ver la mayoría de los mapas de Marruecos, se creerían inmensas llanuras sin ningún accidente natural, cuando existe abundancia de cadenas y macizos que, aunque poco importantes, aislados e independientes de las cordilleras del Atlas y sus derivaciones, no son para dejar de ser tenidas en cuenta, tanto más cuanto que el más preciso señalamiento de los accidentes naturales entraña la mayor perfección en el señalamiento de los cursos de agua. Y por este concepto, la obra del Sr. Aza es de lo más acabado y completo que hay, dentro de la escala del trabajo.

Los defectos de impresión no son muchos, por más que algunos resulten cómicos, como ciertas rutas de la costa del Rif, que a veces penetran en el mar, salvando imaginarios puertos. Como primera obra que de este género hacen las Artes Gráficas de Gijón, no está mal.

El Sr. Aza ha sabido vencer hábilmente las más importantes dificultades, realizando una obra de vasta cultura, que esperamos le será reconocida por los pocos que tienen la chifadura de interesarse todavía por estas cuestiones de Marruecos; que tanto parecen desinteresarse a nuestros políticos y al país entero.

La utilidad de este mapa es doble, porque servirá igualmente para iniciar a los indígenas en el conocimiento de su propio país, en tanto que los africanistas y arabistas encontrarán un arsenal valioso donde confrontar la ortografía de las transcripciones de las palabras y nombres árabes, que hasta ahora solo nos vienen de París reselladas con el marchamo de la ortografía francesa, tan diferente de la nuestra. Por todo ello felicitemos al Sr. Aza.

S. Ritwagen.

DE ARTE La Exposición del Circulo

Continúo mi visita a la Exposición, proponiéndome dar término a mis impresiones en el artículo próximo.

Merece citarse un cuadro titulado El mejor sueño, de José Pérez Ortiz. Quien le vea hallará en esta obra muchos defectos de dibujo y de factura; pero si tiene al lado persona que le advierta de las circunstancias que concurren en su autor, se detendrá seguramente a estudiar aquella colocación de figuras que representan a una madre en cuyos brazos, y sobre la misma cama aún revuelta, duerme un pequeño el mejor sueño. El autor de este cuadro es un joven de tres años, y bien merece que de él se hable con alguna extensión, puesto que su obra es una promesa halagadora de cosas más grandes y selectivas.

Siguen dos cuadros de Emilio Pomet, Dos amigos y Un consejo; un retrato al óleo (de la actriz Rosario Acosta) expuesto por Francisco Posada, justo de color, partido y animación; unas Frutas y flores, de Manuel Poy Daluau, exquisita y deliciosamente compostas y matizadas, un verdadero prodigio de ejecución; Cripta sepulcral de las Lunas en la catedral de Toledo, que llama la atención, por su propiedad y colorido, a cuantos conocen la iglesia primada y la instalación funeraria de la familia del conde de Casta de flores, de doña Adelaida Pazo Linare, muy bien pintadas en detalle y en conjunto; Apuntes de Toledo, de Tomás Prieto y Hevia, demuestra entonación y muy buen gusto; dos cuadros de José Ribera Blázquez, Autorretrato uno y Cristina el otro, que atraen por la sobriedad y justeza del color—como quien no dice nada, justeza y sobriedad del color en estos días—; dos estudios de Angel Robles, y un cuadro de Jesús Rodríguez, El demandado, que continúa una de las notas más simpáticas de este certamen.

Y llegamos a un cuadro respecto del cual quiero dedicar, sin molestia alguna para su autor, unas líneas al arte verdaderamente esgráquico; pero no anárquico a la manera que yo explicaba modestamente en uno de mis anteriores artículos, sino en el mejor sentido que a la palabra pueda dar el olvido absoluto de toda realidad y el lamentable abandono de toda técnica. Tiene el número 182, figura en el catálogo como retrato y presenta una figura femenina de color, edad y perfil indefinibles, sentada ante un piano, cuya parte superior aparece cubierta con una tapete rojinegro... Este piano y aquella guitarra sin cuerdas de que yo me ocupé en mi artículo anterior, hacen iconoclasta de Euterpe a cualquier socio de la Filarmónica. Mal representada estaría la música en la Exposición si no fuera por el capricho (número 117), de Medina Vera.

Pedro Saenz expone dos cuadros, Una ciudadana y Una andaluza, ricos de color y trecura, de dibujo vigoroso y verdaderamente magistral. También Alejandro Saint-Aubin aporta a esta Exposición dos notas de color muy simpáticas y armónicas. Modestamente, los llama estudios, siendo, en realidad, dos cuadros de técnica especial y arte propio, que fía a su medallidad y no al prejuicio ni a la influencia, el efecto y el éxito.

Tras algunos paisajes, estudios y flores de Gil Sáiz, de José Sáiz, muy bonitos los de este artista; de Pedro Sánchez, de Lucio Sánchez, inspirados en una extravagancia muy artística los de este último, y de Rafael Sancho Contreras, deténgome ante un cuadro de Marcelino Santa María. Dada hace mucho tiempo tengo yo para los cuadros de este admirable dibujante una estimación sincera. En el cuadro que expone, un retrato de mujer, halla fidelidad de copia y de color en las ropas, sobriedad en las líneas y exquisita espiritualidad en la fisonomía; pero encuentro un tanto amañada la nota en que ha querido, acaso, poner el interés culminante de la obra. La señora retratada entrelaza sus dedos en una cadencia pendiente del cuello. Bella es la postura y difícil la ejecución del cruce de las manos; y eso es lo que yo creo que no ha venido Santamaría, esa dificultad. En aquellos dedos, que por su misma posición deben ser todo nervios y movilidad, hay demasiado quietismo. Valga la franqueza.

Un rincón de mi aldea, de Alfredo Souto y Cuero, atrae por la sencillez con que aparece entonada la vida lugareña en ambiente y conjunto; y con esto, tras una marina de Rafael Terol, amplia y luminosa, dos cuadros de Julián Torresillas y de Estefanía, luego a una obra, de las dos que expone Fernando Villodas, En el jardín, ante la cual deteniéndose los aficionados y los inteligentes para emitir opiniones contradictorias. En esto hallo yo el mérito principal del cuadro, en que se discute su factura y se comenta su colorismo; que eso es precisamente el arte, contraste, controversia, vida.

El cuadro que Salvador Viniegra ha enviado a la Exposición del Circulo es de un humorismo sano, netamente andaluz y zumbón como un cuento de Puerta de Tierra. Representa un taller de sestería flamenco, donde se confeccionan capotes de paseo, deslumbradoras chaquetillas y otros adintelados del traje de luces. Maestra y oficiales han estado trabajando en sus prendas respectivas, hasta que la presencia de Un ratón—así se llama el cuadro—pone en todas ellas el espanto y la fuga, para que unas aparecen rodando por el suelo, otras replegadas sobre la pared y todas sobrecojidas de miedo. Detalle principalísimo de este asunto es el que presta la presencia de un flamenco de atildados tufos y empaque bravucones que ha ido allí, sin duda, a dar prisa para lucir un turno de toro y a relatar proezas de la temporada última, y que, ante la presencia del ratón, aparece encaramado en una mesa con la misma jindama e idéntico canguelo que si se tratara de un mira de cinco años.

No es nueva esta nota cómica, con ratón y todo, en obras de los maestros de la pintura; pero bien sabido tenemos ya que nada hay nuevo en este mundo. Quedamos, pues, en que el asunto ideado por Viniegra es simpático y sugestivo, y añadiremos que está interpretado con toques verdaderamente clásicos en algunos detalles, no en todos, lo cual es lo último grande. Hay allí una figura prodigiosa: la de una oficiala de la sestería, morena y osbeta, que en el término primero se destaca y que tiene en la cara, y en los ojos, sobre todo, la expresión justa y feliz del mundo ríflonío y de la situación total. Análogo efecto expresan las demás figuras del cuadro; pero no con aquella justeza y propiedad, principalmente el más cansado, cuya postura y fisonomía

desentona un poco en el conjunto. Valga también esta sinceridad que debo a Viniegra, a quien quiero y admiro mucho.

De Ramón y de Valentín Zubiaurre hay cuatro cuadros, dos de cada uno: Sotroyné y La osa mayor y sus satélites titúlase los del primero, y Añues y lunas y Bodegón los del segundo.

El simbolismo de Sotroyné y de La osa mayor es bello y profundamente artístico. La técnica de estos dos cuadros, como la de los otros dos, de Valentín, pertenece al género novísimo, en la composición extravagante del color y de la visualidad. No sé si con mantenedores tan brillantes de la moderna escuela, llegará el Arte a esas latitudes de una realidad absolutamente fantástica—pase el viceversa—, y si, a la postre, será una verdad incontestable lo que el pintor no habrá de estar se burlando sino al capricho. No lo disiento, como antes tengo dicho; pero lo sentiría por el Arte mismo.

En el apéndice del Catálogo figuran también cuadros muy estimables, entre los cuales merecen mención singularísima un retrato de Juan Antonio Berliure, limpio y detallado, que acusa un positivo progreso en la manera atildada de este artista y en sus procedimientos esencialmente veristas. De este retrato hacen, unánime y justa, la misma opinión cuantos lo ven: es un prodigio de copia que acaso ha concedido a esta lo que haya podido restar a la animación de la fisonomía.

El Viejo marino, de Gurneo, es más simbolista que artístico, sin que esto sea decir que el cuadro no es notabilísimo; pero entiendo 30—y voy en compañía de algunos inteligentes—que el ilustre pintor ha apelmazado un tanto el conjunto, y que, espaciado un poco más la composición, acaso resultaría mejor.

Apuntemos en esta parte adicional del Catálogo un paisaje de los Pirineos, de Serafin Avendaño; tres cuadros, marinas dos de ellos y Cabeza de joven el otro, de Eugenio Jimeno; un apunte al óleo, de Ignacio Pinazo, y un retrato y un estudio, de Eduardo Urquiol.

Y dejemos para el próximo artículo—con el cual, Dios mediante, terminaremos—lo que en la Exposición se ve, perteneciente a Escultura, Arquitectura y Grabado.

Rafael Solís.

Este diario no pertenece al Trust.

DIALOGOS DEL DIA

Los tugurios de la muerte

El reporter, un poco esquejado de la pellicia, que ahora, como todos los años al aproximarse el año, se encuentra en un período de tímido alarugamiento, y que ha de seguir a pesar del género que el sábado se propone inyectarle al Sr. Monst, la consagrado personalmente si en realidad estamos cometiendo una infamia los periodistas al hablar del estado de la higiene y de la salud en Madrid o si las infamias las comete: aquellos que piden a voces silencio, que es un gran enrubridor de abandonos, desidias, crueldades y chanchullas.

El reporter no va a decir de que parte está la razón. Se limita a contar a los lectores lo que ha visto y ha oído para que cada cual forme su opinión.

Pues señor... Ayer tarde, el reporter, después de leer una noticia que acababan de traer a la redacción y que se refería a unos casos de tifus y a otros casos de suciedad y a otros casos de incuria de las autoridades, todos ellos reunidos, por arte de la miseria, en una pobre casa de la calle de la Ventosa, formó el propósito de visitarla.

A esa calle—que está, lector, en pleno Madrid, al término de la de Toledo—encomendó ayer sus pasos el reporter, sin botas de goma, sin blusa de hule, ni más ni menos que si fuera un funcionario o dependiente de los que se han impuesto la triste misión de llevar a las casas de los sanos los microbios que roeogen en las casas de los apestados.

Frente a la casa núm. 8, el reporter se detuvo, sin resolverse a entrar.

La casa es de tres pisos, y desde el portal se descubren, en torno a un sombrío y húmedo patio, tres corredores con sus puertas numeradas. Es, lector, sencillamente, una pobre casa de vecindad, que tiene en los bajos sus correspondientes tiendas, una de ellas de comestibles.

En el patio juegan unos pequeñillos, saliduchos y endebies, y cuando el reporter se dispone a interrogarles, una moza garrida y no muy pulcra penetra en el portal.

—Digame, buena mujer, ¿hay enfermos en esta casa? —Le diré, caballero... según pa lo que sea. Si es pa perjudicarnos, no le hay; si es pa favorecernos, la verdad por delante.

—Soy periodista y quisiera decir a las autoridades lo mal que viveis ustedes en estos cochitales sin higiene. —¿Anda la Cherva! Pese siendo así y si me promete usted decirme unas cuantas cosas feas a los gachós que tan abandonados nos tienen, allá el lagis que voy a desahogarme unas mareas.

El reporter no se atreve a reproducir en estas columnas el ameno relato que la moza le hizo, porque no siente grandes deseos de ingresar en la cárcel ni quiere darle al Sr. Cherva el trabajo de circular órdenes para que recoja la edición; pero condensa el resultado de su charla en estas breves impresiones.

puro milagro. Los cuartos de la planta baja están habitados, en su mayor parte, por verduleras, que en los mismos cuartos guardan sus mercancías de un día para otro.

Conocidos estos antecedentes, que la moza ha ido aportando en una exposición amensima, salpicada con frases de su repertorio particular, el reporter se ha permitido hacerle esta pregunta: —¿Y es verdad que ha habido aquí tantos enfermos como dicen?

—Vaya usted apuntando. En el núm. 8 de la planta baja, que es donde las verduleras viven y conservan las verduras, ha muerto de viruela un niño de cinco meses, y hay ahora otro niño convaleciente de la misma dolencia.

—¿Qué atrocidad! —Espere el hombre. Junto al cuarto de ese niño, que ya está fuera de peligro, hay ahora otro pequeño con viruelas.

—Y los médicos, mujer, ¿qué dicen los médicos? —¡Ah, no sé lo que dirán! Figúrese usted cómo vamos a saberlo si para ver a esa criatura no ha venido ninguno.

—¿Eso no es posible! —¿Tanta, tan posible como que en el cuarto no se puede entrar del tute que está por falta de agua y de limpieza, ¿vamos al decir, ¿dijeré? —Y ¿acabaron los enfermos?

—¿Qué! En el piso principal, cuarto núm. 12 y en una misma cama, hay dos niños, uno de un año, y otro de cuatro, los dos con viruela; en el cuarto núm. 4 del mismo piso, está un joven que se ha salvado del tifus ese que llaman desentendado y en el núm. 5, un hombre que también se está curando de la misma enfermedad.

El reporter empieza a sentir en todo el cuerpo una cosquilla que le pone los pelos de punta. ¿Y es posible que todo esto ocurra en Madrid, en plena corte de España, donde radican los altos poderes de la nación, y donde están los asesores y de donde parten las iniciativas para combatir epidemias y calamidades?

—¿Pero es que no se han enterado de estas horrores las autoridades?—preguntó el reporter a la moza. —No haga usted caso! Todo eso y más lo saben ya.

¿Será cierto? Ciertamente, indudablemente, y quien lo desmentía, faltará a la verdad a sabiendas; porque todo eso que la moza le ha dicho al reporter, se le ha contado a las autoridades del día 17 del actual, en un informe extenso y minucioso, el doctor D. Eduardo Masip, inspector de salubridad del distrito de la Latina, hombre serio y observador, que viene trabajando, entre otros asuntos, porque se reduce una ley para impedir el hacinamiento de criaturas en habitaciones sin la capacidad conveniente.

El reporter no hace comentarios. Se limita a decir que, si en un país donde estas cosas suceden, se considera patriótico y digno y honorable guardar silencio, el reporter renuncia a su deber al patriotismo, a la dignidad y a la honradez.

Y perdona el lector que por una vez haya dejado de fantasear.

HACE CIENTO AÑOS España.

MADRID.—Llega el Rey a la capital, procedente de Toledo. La entrada de José Bonaparte, que no había sido previamente anunciada, pasó casi inadvertida para el vecindario, que no se enteró del regreso del Monarca hasta que le vio por la tarde en el Paseo del Prado.

Se hacen públicas en la capital las noticias últimamente llegadas de Asturias, traídas por corresponsales al Rey. En ellas se participa que el día 19 entró en Oviedo el mariscal francés Eugenio de Erlinghen, y que continuó persiguiendo al ejército español hacia Gijón, con el fin de alcanzar a los generales La Romana y Santa Cruz. Ambos los generales diósbos caudillos marchan solos y a la desamparada, desechos solamente de ganar el puerto y embarcarse lo antes posible, y que con esta última operación militar queda toda la parte Norte de España en poder de los franceses.

En el teatro de los Caños del Peral se estrenó la ópera bufa en dos actos, música del célebre Cimarosa, titulada La molinera, intermedada con el minué alandanzado y el fandango.

Continúan publicándose las listas de los últimos suscriptores al repartimiento de los 30 millones para la mantención del ejército francés.

Extranjero. ALEMANIA.—El general Michaud, gobernador de la ciudad de Magdebourg, ha tomado toda clase de medidas para mantener la tranquilidad en el espíritu público. Ha publicado el aviso siguiente: «Se informa a aquellos de los habitantes de esta ciudad que creen que el Rey de Westfalia se halla en guerra con el Rey de Prusia, que este rumor, circulado intencionalmente, es falso, acordándose de recibir la noticia oficial de que el Gobierno prusiano no reconoce a Schill y que ha dado órdenes para que sea asesinado si antes de ser ejecutado prisionero. Esta noticia ha sido comunicada al Rey de Westfalia por el Gobierno de Berlín.

El gobernador aprovecha esta ocasión para dar toda clase de seguridades respecto al acuerdo que existe entre ambas naciones, y para invitar a todos los habitantes a que desojen las arengas de los que intentan promover motines.

ECOS

Un comediante francés, Pierre Hittemann, ha publicado sus Memorias y en ellas refiere cómo conoció a Eduardo VII.

«La noche en que yo interpretaba por primera vez—dice el papel del Príncipe Pablo en La Gran Diquesa (era en 1867) hice traer Champagne. El cuarto de Hortensia Schneider estaba junto al mío, y mientras me vestía, a través del tabique le pregunté si quería beber conmigo una copa de Champagne, para celebrar mi entrada en Varietés.

—Sí—me contestó.—Trae dos copas. —Y, cuando entré en su cuarto, vi a un caballero al cual no conocía.

«Ella hizo las presentaciones. —Alteza. Os presento al Príncipe Pablo. —Príncipe Pablo: Os presento a S. A. el Príncipe de Gales.»

«Cuando, hace pocos días aun, el Emperador Guillermo y la Emperatriz Augusta pasaron por Viena, fueron obsequiados en la Hofburg con un banquete espléndido.

En este banquete hubo una particularidad, y fué la de emplear el famoso servicio de oro, que es una poquísima veces.

«Es una vajilla tal, que ningún Príncipe posee otra parecida. Platos, cubiertos, vasos, todo es de oro bruído. Su valor resulta incalculable.

«De este servicio de oro se habla por primera vez, en los inventarios del Palacio imperial, a fines del siglo XVIII, que es cuando debió de ser fabricado.

«La mayor parte fué hecha en Lombardía, que entonces pertenecía a Austria, y el resto de la vajilla cincelada en París.

«Es un trabajo de orfebrería como hoy no se hace y a los cuales se consagraba antaño diez ó doce años para fabricarlos.

«Se dice que Napoleón Bonaparte se sirvió de esta vajilla durante su permanencia en Schoenbrunn.

«Por qué rió Blowitz con Bismarck?